

los padres de la Iglesia, prueba que los profetas anteriores a la era cristiana y muchos varones santos posteriores se valieron del lenguaje métrico y poético en ocasiones solemnes para obtener mayor efecto, y que los padres de la Iglesia recomendaron casi todos solícitamente el estudio de los autores de la antigüedad clásica, y si condenaban ciertos pasajes era por motivos accidentales, como en épocas de gran excitación contra el gentilismo. La poesía verdadera es, según Busch, superior a la prosa; Moisés, Jeremías, Job y Salomón la emplearon, dice, porque cabalmente en los momentos más solemnes acuden a la boca las expresiones más poéticas.

De lo dicho se infiere que esta obra de Busch no es una mera declamación convencional, como tantas otras obras de aquella época, sino una polémica científica, que con los elegidos pasajes de autores antiguos y de los entonces modernos, forma un arsenal bien provisto donde en adelante encontraron los humanistas armas eficaces contra sus adversarios.

Muy diferente de Busch era su contrario Ortuino Gracio, que nació en 1491 y murió en 1545. Fue durante algún tiempo jefe del partido antihumanista cuando Reuchlin era protector de los humanistas. A pesar de esto, Ortuino era amante de las letras clásicas y autor de talento, por cuya razón el partido escolástico y teológico le quería y le ensalzaba como «gran poeta», para tener un paladín que esgrimiera con ventaja las mismas armas que usaba la cohorte humanista. Esta, a su vez, le consideraba como desertor y traidor de la buena causa, llamándole latinista venal, asalariado por el bando enemigo, calificación que muy bien podía ser acertada a juzgar por su comportamiento posterior; pero entre tanto contestó a las bías y sátiras de sus adversarios con la grosería ruda que era de costumbre, aunque con poco ingenio.

Para formar juicio exacto de su capacidad y talento hay que prescindir de los insultos de sus enemigos y examinar en cambio sus obras principales, que son discursos sobre motivos varios (*Orationes quodlibeticæ* 1508) y una colección de escritos históricos ó sea «De las cosas que el teólogo debe buscar y de las que debe huir», (*Fasciculus rerum expetendarum ac fugiendarum*, Colonia, 1535). Los discursos son nueve, quizás para recordar las nueve musas y porque recomiendan otras tantas artes y ciencias. Al contrario de lo que dice una nota del autor, que los califica de muy agradables, son difusos y ampulosos, según el gusto de la época. Por otra parte, están perfectamente a la altura de los productos análogos de los humanistas de entonces, tanto por lo que toca al afán de reunir pasajes de autores clásicos, y de autores griegos traducidos al latín, como por el odio que respiran contra los que desprecian las letras clásicas, a las cuales ensalza como el humanista más fanático. Juzga necesaria, además de las siete artes liberales que componían la instrucción de la Edad media, la poesía según la definió Bocaccio, y al recomendar el estudio de la gramática, insiste en la conveniencia de aprender un lenguaje fino y castizo, y de usar gramáticas modernas en lugar de los libros bárbaros usados antes. Tocante a filosofía, da, a la verdad, la preferencia a Alberto Magno sobre los grandes filósofos de la antigüedad, pero no porque los desprecie, sino por motivos fundados en la autoridad de Bebel, al cual trata con mucho respeto.

La segunda obra, que algunos críticos modernos, sin razón suficiente, no reconocen como suya, es también más humanista que escolástica. Empieza con la disertación de Eneas Silvio sobre el concilio de Basilea, a cuyo trabajo siguen otros sesenta y tantos más cortos, relativos unos a la historia y legislación del imperio de Alemania y de la Iglesia, y otros a las luchas entre ambas potestades. Desde luego se ve que en

su opinión son más los escritos de cuya lectura deben huir los buenos católicos que aquellos que deben leer, porque entre los primeros, además del de Lorenzo Valla contra la donación de Constantino, pone los artículos de la fe de los valdenses y de Wiclef, la carta en que Poggio refiere el martirio de Jerónimo de Praga y las «Cien quejas de los alemanes contra el papado.» La misma obra contiene otros escritos en los cuales se lamenta Ortuino de la desunión y corrupción de la Iglesia y expresa el deseo de una reforma; y para mayor prueba del verdadero objeto y carácter del autor, alaba a Reuchlin é inserta en la obra un escrito de Hütten que antes habría ciertamente entregado a las llamas. Es evidente que semejante obra había de robustecer al partido contrario a la Iglesia y confundir a los amigos de esta, a pesar del prólogo, del epílogo, de las muchas notas marginales y de un discurso final bastante largo del editor. Es, pues, indudable que Ortuino Gracio fué siempre partidario oculto, y hacia el fin de su vida poco menos que declarado, de la nueva era.

Ortuino Gracio no mereció el dictado de bárbaro que los humanistas de aquella época aplicaban a los que se contentaban con el bajo latín de la Edad media, en lugar de estudiar los autores clásicos, en que ellos cifraban su orgullo. Tampoco era hipócrita, como decían, pero le faltaba la energía varonil para declarar francamente sus convicciones, y no veía en el humanismo más que la parte exterior, sin sospechar el espíritu de emancipación que en sí llevaba.

Ortuino pertenecía a la facultad de teología, que según hemos dicho era la principal y más poderosa de la universidad de Colonia, a la cual dió con su actividad belicosa, fama de ser el centro del oscurantismo. Esta fama no era del todo justa, porque en los libros de matrícula se encuentran inscritos jóvenes para cursar las humanidades, bien que eran muy mal vistos y aun molestados y hasta perseguidos, según resulta de ciertos documentos. De estos humanistas citaremos aquí tres.

Uno de ellos es Juan Ranck, natural de Sommerfeld, que se llamaba Juan *Rhagius Æsticampianus*; nació el año 1460 y murió en 1520. Había estudiado en Italia y adquirido allí el carácter individual y varonil de los italianos, pronto para la defensa como para el ataque. Era uno de los muchos humanistas errantes que recorrían la Alemania, y también uno de los primeros que se afiliaron con decisión al partido de la reforma religiosa sin abandonarlo nunca. En sus correrías desde Basilea a Cracovia y desde Friburgo hasta Francfort, dió lecciones en muchos puntos, interpretando los clásicos latinos, siempre animado de la idea filosófica de que su misión era más grande que la simple enseñanza de una lengua muerta. También estuvo en Leipzig, de donde fué expulsado; enseñó en Colonia, donde se supone que tuvo a Hutten entre sus discípulos, y finalmente llegó a Wittemberg, donde murió.

El otro humanista era Juan Cesáreo, que nació en 1460 y murió en 1551; pasó su larga vida en la mayor indigencia, y a pesar de su vasta erudición como teólogo, filólogo, naturalista y médico, no supo ni quiso ganar más que lo indispensable a la vida. Fué el apóstol del griego; le enseñó en todas las poblaciones donde estuvo y en todas partes fué el ídolo de la juventud estudiosa, que agradecida al venerable anciano, le trataba de padre. Por una carta que le escribió en 1520 Agripa de Nettesheim, se sabe que los profesores de Colonia le dieron muchos disgustos, porque el autor de la carta le dice: «El odio de los maestros de Colonia es tu mejor apología; si te persiguen, aumentan tu fama, y si te perjudican, ganas.» En la misma carta acusa el autor a los profesores de haber calumniado villanamente al conde Arminio de Neuenaar.

Este último es el tercero de quien tenemos que hablar, que vivió desde 1491 hasta 1530, y fué el defensor incansable, y hasta cierto grado, lego, del humanismo. Era conde y disfrutaba de regular hacienda y elevada posición social; no necesitaba correr tierras para ganarse la subsistencia con la enseñanza y la pluma, ni había estudiado bastante para ello, pero hizo más para la victoria de las humanidades con su discreción y sus sátiras que otros con su erudición. Si escribió fué por la presión de las circunstancias, como cuando la gran controversia le enredó en lucha con la universidad de Colonia. Fué adversario temido por los enemigos y apoyo y escudo importante de los amigos del humanismo.

La universidad de Erfurt era un foco del elemento humanista joven, que hizo más con su actividad entusiástica que con su número. Esta universidad fué creada, como la de Colonia, mediante un convenio entre el consejo municipal y las autoridades eclesiásticas; el primero procuró la correspondiente bula y los privilegios del papa, y las segundas cedieron a favor del nuevo establecimiento las prebendas de dos iglesias colegiadas, con lo cual pudo abrir la universidad sus aulas en 1392. A pesar de que la universidad debía su existencia al municipio, no fueron siempre amistosas las relaciones entre ambos, porque más insolentes los escolares de Erfurt que los de otras partes de Alemania, continuamente suscitaban reyertas con la población pacífica, reyertas que hasta fueron cantadas por poetas humanistas.

Tampoco fué distinta de otros establecimientos de su clase la marcha que adoptó esta universidad; solo que en ella fueron admitidas las humanidades mucho antes que en las otras, siendo su primer representante Pedro Luder, en 1460, que no tardó en ser oficialmente reconocido como profesor de estas asignaturas. Pronto se distinguieron, como en todas partes, dos grupos entre los humanistas, el moderado y tímido, que no quería romper ni con las personas ni con el sistema antiguo, y el belicoso y ardiente, que quería derrotar y extirpar el sistema escolástico, ridiculizándolo juntamente con sus representantes y partidarios.

Lo que fué Heynlin en Basilea y lo que fueron sus adeptos y correligionarios en Colonia y Tubinga fué también Yodoco Trutfetter en Erfurt, y lo que fué Glareano y los que pensaban como él en diferentes universidades, fué en Erfurt en mucho mayor grado, Conrado Muciano, el lumínico resplandeciente del humanismo y orgullo de Erfurt.

Había nacido Yodoco Trutfetter en Eisenach, en 1460, donde fué también maestro, y tuvo entre sus discípulos a Lutero. En 1476 pasó de profesor a Erfurt y en 1506 a Wittemberg donde continuó hasta 1510, en cuyo año regresó a Erfurt y murió en 1519. Eobano Hesse le llamó en uno de sus escritos, «el heraldo de cualidades divinas, que resplandece entre los oradores (autores literarios) como Febo entre los astros.» La verdad es que Trutfetter era simplemente un autor y profesor aplicado y concienzudo, que sin crear nada nuevo, procuró conservar lo que había aprendido y enseñarlo a la nueva generación, a cuyo fin escribió muchas obras de enseñanza, entre ellas nada menos que seis sobre lógica, en el término de tres años. Una de ellas ocupa un tomo en folio de 68 pliegos; las demás son manuales y obritas menores, destinadas al uso de los escolares de Erfurt, a excepción de una obra voluminosa que escribió después sobre física. En esta obra utilizó y comentó casi exclusivamente a Aristóteles y a Pedro Hispano, aunque según la costumbre de su época cita una larga lista de autores, entre los cuales figuran no solamente físicos sino también teólogos, historiadores y poetas.

Era teólogo, y como tal, orador sagrado del partido esco-

lástico moderno, es decir, que pertenecía a la escuela nominalista, de la cual hemos hablado antes, pero no escribió ninguna obra teológica porque consideraba los libros escolásticos de enseñanza existentes como perfectamente apropiados para esta carrera. Esto no le privó de las simpatías de aquellos estudiantes que miraban la enseñanza escolástica con aversión y hasta la consideraban perjudicial.

Era devoto sincero, veneraba las reliquias de los santos con toda la fe de buen católico; vivía apartado del mundo, dedicado solo a la enseñanza y a sus demás obligaciones, y si bien no fué hombre de propaganda y dejaba que cada uno tuviese sus opiniones particulares, aconsejaba a sus amigos más jóvenes que no contrajeran matrimonio y hasta les hizo prometer solemnemente que seguirían su consejo. Por lo demás, fué querido de todos los que le conocían, y esta simpatía no menguó cuando tuvo que atacar por compromiso a Reuchlin, como miembro que era de la facultad teológica.

De lo dicho resulta que Trutfetter no era humanista verdadero a pesar de haber estudiado los autores clásicos; pero comprendía la razón de ser de la nueva corriente y aun procuraba mejorar el latín bárbaro que se usaba en la enseñanza. Finalmente, no le disgustaba la juventud con sus travesuras y su vida ruidosa, y aquella juventud, reconocida a su tolerancia, le celebró en muchos versos que van insertos en sus obras.

Pero el ídolo de los jóvenes estudiantes, el jefe de los genios más ilustrados y más modernos de la universidad de Erfurt, fué Conrado Muciano Rufo, que vivió desde 1471 hasta 1526 y cuya fama se extendió por toda la Alemania. Muciano fué el único humanista alemán, ó poco menos, que tuvo algo de los genios más populares del Renacimiento italiano. Si en lugar de ser un canónigo pobre de Turingia hubiese sido un opulento florentino, habría sido otro Nicolás Niccoli. También tenía algo de Lorenzo Valla y de Codro Arceo, a saber, pasión por la enseñanza y por los pugilatos literarios, pereza para crear obras, genio satírico, libre pensamiento en materia de religión y entusiasmo por la belleza antigua.

Muciano había buscado, efectivamente, su instrucción en Italia, a donde había ido en 1493, después de haber visitado la escuela de Deventer y estudiado en la universidad de Erfurt, donde también enseñó, pero lo principal lo aprendió en los diez años que estuvo en Italia, donde estudió jurisprudencia y obtuvo el doctorado en Bolonia. Por esto sabía muy bien lo que decía cuando criticaba el afán de obtener cuanto antes los grados académicos. Cultivó con infatigable perseverancia las humanidades, estudiando igualmente la forma que el fondo de las obras antiguas, y de ellas tomó la corrección y elegancia. También estudió teología y siguió atento y desaprobó los defectos morales del clero y las contiendas y disputas de las órdenes religiosas, que en su opinión hacían más daño a la Iglesia que los enemigos exteriores. Era partidario de la tendencia religiosa y filosófica inspirada por Pico de la Mirandola en Italia y que Reuchlin se esforzó en aclimatar en Alemania, mientras Muciano estaba todavía en Italia. Desde el año 1503 hasta su muerte residió en Gotha, de cuya catedral era canónigo, sin tratarse apenas con sus colegas, con quienes no simpatizaba porque eran indolentes y enemigos de la ilustración, pero en cambio en estrechas relaciones con los estudiantes de Erfurt, que le veneraban como a un padre y que le visitaron varias veces, haciendo de paso excursiones agradables. Muciano los visitó a su vez de cuando en cuando y en los intervalos estaba con ellos en correspondencia. Esta correspondencia es el más bello testimonio de la importancia y del concepto elevado que Muciano tenía de su misión de profesor y educador de la juventud.

Su sociedad mas agradable eran sus libros y el tiempo que pasaba entre ellos le parecia el mejor empleado. Cuando recibia una remesa de libros, era capaz de verter lágrimas de alegría, debilidad que excusaba con alguna autoridad clásica que permitia este desahogo á los hombres, porque los clásicos griegos y latinos debian ser, segun él, y así lo recomendaba á los estudiantes, los consejeros del hombre en todas las situaciones de la vida, y por esto le gustaba despertar en la juventud el amor á los libros, y principalmente á los citados. En su correspondencia da explicaciones sobre antigüedades, y otras sobre gramática y hasta ortografía y recomienda la adquisicion de una diccion limada y pulida, pero sin imitacion mecánica de los antiguos poetas, porque dice que estos se parecen á las sanguijuelas, que chupan la sangre mala y dejan la buena. Por la misma razon critica á Reuchlin porque habia comparado los habitantes de Sajonia, de Meissen y de Turingia con los axenos, misios y tirigetas.

Como juez severo que quiere educar á la juventud no prodiga sus alabanzas, y critica con mas rigor los trabajos de aquellos que tienen talento para dar mucho de sí, diciendo á uno: «Si no te amase, no te castigaria.» A todos recomiendan la moralidad, no solamente en las poesias que compongan sino en su conducta, diciendo que un poeta bueno ha de ser casto, y porque la moralidad es el fruto mas bello de la libertad de la inteligencia, conquistada á fuerza de estudio.

En un plan de enseñanza universitario que compuso Muciano por broma, pidió para cada universidad un sofista, dos matemáticos, tres teólogos, cuatro juristas, cinco médicos, seis oradores, siete hebraistas, ocho profesores de griego, nueve gramáticos (profesores de latin) y «diez filósofos racionales, como eminencias y cabezas de toda la vida intelectual.» Se ve, pues, que el pensar valia para Muciano mas que el saber, y por la misma razon tiene mas importancia su declaracion de fe filosófico-religiosa que su parecer acerca de la erudicion. Por lo demás, no divulgó su profesion de fe, y á los pocos á quienes favoreció con esta confesion, por ser de su mayor intimidad y confianza, no dejó de recomendar que quemasen la carta confidencial despues de haberla leído. Semejante proposicion era motivada por su carácter poco varonil, mas que por timidez, como lo prueban en primer lugar su vacilacion en declararse francamente por Reuchlin en su disputa con los dominicos, cuando el emperador pareció decidirse en contra de este humanista, y además su indecision y sus manejos para evitar compromisos al principio de la reforma religiosa, y finalmente, su prudente retirada al aproximarse la muerte.

Muy diferente presentóse respecto de su sistema religioso en la fuerza de su edad viril; entonces era el pensador serio que observa las ceremonias exteriores, quizás para dar ejemplo á los débiles, pero principalmente para despreciarlas mas en su interior, en lugar de hacer lo que aquellos que ridiculizan las exterioridades del culto para legitimar así sus principios frívolos y su conducta liviana. Así como para él valia mas la sustancia que la forma en las ciencias, del mismo modo entendia que la religion no consistia en la forma sino en el espíritu; la forma y las usanzas visibles eran accidentes y el espíritu lo principal; por esta razon decia pocas misas, desechaba la confesion oral, despreciaba á los clérigos y sus relaciones de milagros é hizo la siguiente declaracion franca: «Yo no venero el vestido ni la barba de Cristo; á quien venero es al Dios vivo, que no lleva ni vestido ni barba.» Para Muciano no era tampoco la Biblia el documento fundamental que legitima la religion, ni el cristianismo es siquiera la única religion verdadera, porque conforme al espíritu crítico que habia aprendido en los autores antiguos, aplica la crítica

á los libros de la Sagrada Escritura, buscando su origen, dudando de la veracidad de muchos episodios que refieren, ridiculizando algunas singularidades y negando los milagros. «El cristianismo,—dice,—no nació con la encarnacion de Cristo, sino muchos siglos antes, porque el verdadero Cristo é hijo de Dios es la sabiduría divina, que ni se manifiesta á la vista, ni al tacto, ni se comprende.» Resulta, pues, que la religion de Muciano no era la ley divina revelada, sino la moral mas elevada, el amor perfecto y mutuo de los hombres, la tranquilidad del espíritu y la paz del alma. «El mandamiento de Dios que ilumina el alma,—dice resumiendo su doctrina,—tiene dos capítulos, ama á Dios, y ama al prójimo como á tí mismo. Esta ley nos facilita la participacion en el cielo; es la ley natural, no la grabada en piedra, como la de Moisés, ni en bronce, como la de los romanos, ni escrita en pergamino ó papel, sino la ley impresa en nuestros corazones por el preceptor mas alto. El que toma esta salutífera é inolvidable Eucaristía, ejecuta un acto divino, porque el verdadero cuerpo de Cristo es la paz y la concordia, y no puede haber hostia mas sagrada que el amor mutuo.»

Larga seria la lista si quisiéramos citar todos los adeptos de Muciano, algunos de los cuales han sido mencionados ya en esta obra, como Busch, Hutten y Eobano Hesse; no pocos que jamás formaron parte de este grupo se alabaron despues, como de una distincion muy alta, de haber pertenecido á él, y de estos últimos partidarios de al día siguiente, mencionaremos aquí únicamente tres: Enrique Urbano, Petreyo Aperbach y Croto Rubeano.

Enrique Urbano tenia con poca diferencia la misma edad que Muciano, con el cual habia contraído amistad en 1492. Era fraile cisterciense en el convento de Georgenthal, de su orden, situado á poca distancia de Gotha y no lejos de la residencia de su amigo, con el cual se vió con frecuencia y mantuvo en los intervalos una correspondencia activa. Como Muciano le comunicó tambien en una de sus cartas su fe religiosa, debe admitirse que Urbano estaba conforme con ella, y la misma concordancia reinaba en sus opiniones y entusiasmo literarios. Su pasion por las obras latinas y griegas se demostró en el hecho de enviar cuatro florines de oro, que con gran trabajo habia conseguido reunir, á Aldo Manuzio, en Venecia, suplicándole que le remitiera al convento libros nuevos de autores modernos, como las obras de Besarion y de Merula, y otros de autores antiguos, como Jenofonte y otros, añadiendo, quizás con la esperanza secreta de obtener alguna gracia del célebre editor, que en el convento le tenian siempre presente en sus oraciones. Muciano dijo de él que era protector especial de «los buenos muchachos» y celoso fomentador del cultivo del latin, y en una carta le dice: «¡Oh, Urbano! nuestro camino es recto, angosto, desigual, montuoso, empinado, trabajoso y áspero; está interrumpido por cambronerías y por peñascos, de suerte que solo adelantamos á fuerza de mucho trabajo y en constante peligro de caer. Nuestro camino es recto porque solo buscamos y veneramos á Dios; es angosto porque pocos nos acompañan en nuestro anhelo de cultivar los estudios científicos y de moderar las costumbres bárbaras; es empinado porque nos conduce al estudio del latin. Pocos llegan sin esfuerzo al verdadero bien intelectual.»

Petreyo Aperbach, que nació en 1480 y murió en 1532, pertenece á la generacion, nueva entonces, de los humanistas, y á pesar de su renombre es el menos conocido de este grupo. En todas las cartas de su tiempo se le cita como valiente adalid de los estudios de humanidades; Muciano mismo solia llamarle «otro Muciano» ó «caudillo de la seccion latina,» y Enrique Stromer le llamó, en una carta que dirigió el 22 de junio de 1522 á Juan Lange, «burlador de los dioses

y de los hombres» (*derisor deorum et hominum*). Estas calificaciones eran perfectamente acertadas, pero incompletas, porque á ellas hay que añadir el carácter siempre juvenil con su entusiasmo y su viveza hasta en la edad madura, su inextinguible odio á los teólogos, á quienes llamaba sofistas y daba otros nombres aun peores; su hostilidad marcada á los juristas, á quienes apellidaba, en vez de *jurisperiti* (jurisperitos), *jurisperditi* (jurisperdidos); su entusiasmo generoso, que le llevaba á sacrificar su persona á la gran causa que defendia, y su celo patriótico, si bien lo limitó un poco cuando habiéndose sabido en Alemania la frase de Leon X, de «que no habia creído que Reuchlin supiera mas que todos los alemanes juntos,» dijo que sentia que se hubiera pronunciado aquella frase, porque era ignominiosa para los alemanes en general menos para uno, pero que por otra parte se alegraba por ser una confesion preciosa procedente del campo enemigo, que reconocia el mérito incomparable del hombre á cuya defensa y gloria consagraba su vida.

En estas disposiciones secundó dignamente á Aperbach, Juan Croto Rubeano, cuyo verdadero apellido era Jaeger. Nació en Dornheim por el año 1480 y murió en 1540; vivió varias y muy largas temporadas en Erfurt, y mientras estuvo ausente mantuvo una íntima amistad con sus correligionarios de esta ciudad. Era sacerdote y se habia dedicado á la enseñanza, sucesivamente, en Fulda, en la Prusia oriental y por último en Halle. Como escritor era satírico; atacó en muchas cartas á los *filosofastros* y *teologastros*, y prestó su cooperacion activa á varias obras importantes de este género, como por ejemplo, á las *Cartas de los hombres oscuros*, de Reuchlin. Los protestantes le miraban con malos ojos y Lutero le llamaba, segun su manera grosera y violenta, Dr. Sapo (en aleman *Kröte*), desfigurando su nombre adoptivo Croto, porque despues de haber sido gran amigo suyo y de la causa protestante, habia abandonado, de los primeros, á Lutero y su doctrina para seguir fiel á la Iglesia católica. Segun los protestantes mas ardientes, lo habia hecho para no perder la vida regalada, y segun otros menos furibundos, para dedicarse tranquilamente al estudio. En muchos escritos, y esto prueba la importancia del hombre, los desechados hicieron paralelos entre Croto, celoso humanista, y el mismo Croto despues de su vuelta al gremio de la Iglesia católica, condenándole al final como hombre sin carácter. Sin embargo, Croto no habia hecho mas de lo que hicieron muchísimos otros de su época, descontentos como él del rumbo que tomó el movimiento protestante, en el cual solo algunos jefes gobernaron á su antojo, en lugar de escuchar la opinion de todos ó de la mayoría, ocupándose tan solo, en general, en reformas exteriores, sin buscar la manera de mejorar la moralidad y aumentar el valor intelectual y espiritual del hombre. Un humanista protestante de Erfurt ó relacionado con los protestantes de esta ciudad, no se sabe si Justo Jonas ó Menio, publicó contra Croto una de estas diatribas virulentas, pero no tuvo grande eco, porque la flor de los humanistas que habian sido el orgullo de aquella universidad, habia desaparecido; Hutten y Muciano habian muerto; los demás se habian trasladado, en su mayor parte, á otras ciudades, y los pocos que quedaban allí del antiguo círculo literario, no eran bastantes para resucitar las glorias humanistas anteriores.

CAPITULO VI

LAS SOCIEDADES LITERARIAS. PROPAGACION GENERAL DEL HUMANISMO

En la descripcion de las universidades hemos dejado entrever, especialmente en la de Erfurt, que al lado del cuerpo docente oficial, y desde antiguo formando corporacion sólida-

mente organizada, funcionaba algun grupo libre y moderno, compuesto de hombres por lo general jóvenes, deseosos de ensayar un sistema de enseñanza moderno, esperando el momento de introducirlo oficialmente en las universidades. Estas sociedades literarias libres (*sodalitates litterariae*) existian en diferentes ciudades, no siempre universitarias; sus socios no eran, precisamente, vecinos de la misma ciudad, sino que estaban en gran parte diseminados por toda la Alemania. Entre estas sociedades se destacan la rhiniana y la danubiana.

La sociedad danubiana estaba estrechamente relacionada con la universidad de Viena, la segunda de las universidades alemanas por orden de antigüedad, fundada en 1365 y fundada sobre la de Paris. Su facultad principal era la de teología, pero á pesar de la oposicion de los teólogos habiase introducido en ella el genio del humanismo, que sobreponia á todas las ciencias el estudio del latin y de sus clásicos. En 1499 el rectorado aconsejó á los estudiantes que no perdieran el tiempo con las obras de la lengua vulgar, porque ellas no eran las fuentes originales del saber; pero otro rector, Heckmann, ridiculizado por el acérrimo teólogo católico Eck como sofista y necio, prohibió en 1510 á un poeta dar lecciones de métrica, como queria, amenazándole, en caso de desobediencia, con enviarlo al calabozo universitario, porque se habia mostrado ya desobediente en otra ocasion, y principalmente porque se atrevió, como defensor del latin clásico, á tutear, no siendo siquiera bachiller, al mismo rector, graduado de *magister*, el cual, adicto como otros profesores rutinarios al bajo latin, que usa en lugar de *tu, vos*, se sintió herido en su dignidad al ser tuteado en latin clásico.

La sociedad danubiana, como prueba de su existencia y solidaridad con otras, publicó la *Cosmografía* de Lucio Apuleyo, en 1497, con poesias dedicatorias de diez y ocho de sus miembros, que si no constituian la totalidad eran ciertamente la gran mayoría, y los principales, porque todos eran personas de edad, empleados de la corte ó profesores de la universidad, segun se ve en sus firmas, á las cuales tuvieron cuidado de añadir todos sus empleos y títulos. Resulta, pues, que el uno era secretario imperial, el otro médico de cámara, otro doctor en leyes, matemático, teólogo, y otro, á falta de una distincion mas elevada, *pedagogo*. El emperador nombró, en 1501, una seccion de cuatro miembros de esta sociedad, profesores todos de la universidad, que llamó *Colegio de poetas y matemáticos*, con el encargo especial de restablecer «la elocuencia (y retórica) de otros tiempos,» y el privilegio exclusivo de dar diplomas de poeta laureado á los estudiantes de elocuencia, retórica y poesia que lo solicitasen, despues del examen riguroso correspondiente.

De los miembros de la sociedad danubiana mencionaremos particularmente los tres siguientes.

Jorge Tannstetter, natural de Rain, adoptó el nombre latino de Collimitius; vivió desde 1482 hasta 1535, y fué varon distinguido en todos los conceptos. Obtuvo la dignidad mas elevada, primero en la facultad de artes y despues en la de medicina, que era la suya, y fué médico de cámara de varios emperadores, que le tenian en gran aprecio, tanto que le confiaron misiones diplomáticas y le concedieron la nobleza. Era tambien astrónomo, y como todos los astrónomos de su tiempo, astrólogo, y habia adquirido en ambas ciencias grandísima fama, por lo cual fué recomendado á Leon X cuando este papa se propuso rectificar el calendario. Consultó el papa, en efecto, al sabio Tannstetter, que por lo demás habia ya publicado varios calendarios ó efemérides á la sazón; y en cuanto á su condicion de astrólogo, basta decir que como tal fué encomiado en la inscripcion de su tumba; porque nadie dudaba de la exactitud de sus horóscopos y prediccio-